

Nadie mejor

De lunes a jueves, Naomi Peterson hacía diez kilómetros, luego se marcaba unas series. En tandas de quince, por cuatro veces, hacía sentadillas y diferentes ejercicios para tonificar toda su anatomía. Otros días trabajaba a intervalos su tono muscular. La doctora tenía esa rara suerte de disponer de su tiempo libre, por decirlo de algún modo. Su futuro no era lo que había soñado, ni ella ni otros, sus progenitores. La disciplina extrema, su madre, el tiempo, hubieran hecho que muchos días se hubiera metido en una botellita y tirado al mar. Así se reconocía cuando no trotaba por las mañanas.

Después de ejercitarse matinalmente, como que dormía mejor. Por unos minutos, en lugar de estirar intensivamente se daba una cabezadita, su yoga, en el mismo coche. La naturaleza tenía sus biorritmos. Era otra certeza de esa cirujana experta en tabiques nasales. En Chicago, la verdad les era extraña tanto como las convivencias, a esos que lo habitaban. Un lugar cercano y distante, donde muchos intentaban garantizar que la innovación no fuera sinónimo de transgresión. Si bien, resultaba curioso cómo la ciudad se hacía pequeña llegando a unir tantos egos.

De personas, que sabían hacer buenos regalos. En la clínica donde ejercía, esa semana tocaban unos peluches. Los había escogido ella, en forma de beluga, cuales cetáceos de los que forman grupos gregarios de unos diez individuos. Pequeñas ballenas blancas, comunicadoras, nadadores lentos y de dieta oportunista, de la mejor, gustosos de ser buenos buceadores. Para Naomi

no eran nuevos, ella tenía uno bien grande consigo, en el piso de soltera, con quien precipitaba las emociones en ocasiones.

-Si controlas la respiración controlas la mente- decía a sus pacientes, antes y después de operarlos, como a su ballenita blanca.

Aun con ello, todas las reconstrucciones, como las guerras y los duelos, cambiaban en algo los sentidos. Había días que no se podían mirar. Ella misma se lo decía todo a sus pacientes, a los que la vida les empezaba cada minuto:

-¡Ni se te ocurra! ¿Ha pasado ya el mes y medio de hinchazón?

Era estricta. Con los demás, sobre todo; sus pacientes. Una profesional.

Tratar con seres arrogantes, capullos egocéntricos, niños de cortísima edad heridos, artistas y personas intrusivas le hacía dudar de si la ciencia tenía ese valor de Dios total o todo era puro negocio legitimando los pensamientos más tribales.

A más de uno pensó en dejarlo hecho trizas, cual reflexión más honda. Irascible, era peor que el murmullo de una avispa, y eso que era ilustradora. Pintaba en su casa recuerdos de colores y el resto de sensaciones que permanecían en su memoria, además de un sinfín de delfines; lo hacía por instinto, como si hubiera nacido ciega la adoptada.

El arte también le atraía, no por la sensación mediática, que la tenía, sino por el manejo de los tiempos dando templanza.

“Una cosa es el valor y otra el precio” rezaba en uno de los retablos de la entrada de ese centro clínico que regentaba con sus familiares. Lo puso su tío abuelo, el ideario de ese servicio integral. De haber sido por ella, hubiera escrito, de puño y letra: “No somos mejores ni distintos, somos una copia del

mono humano. El sufrimiento de unos se parece al sufrimiento de los demás, sí". Así hasta llegar a teorizar sobre el esfuerzo en lugar de la autocompasión.

-Las cosas no las regalan- oyó todos los días desde los nueve años, predestinada a ser una de las más excelsas cirujanas.

Más de sesenta mil millones de facturación y siempre escuchaba lo mismo (trabajo), al despertar de ese coche, un modelo híbrido (gas y gasolina) del tipo SUV urbano, que no hacía gala ni de lejos de su patrimonio. No era rimbombante en eso. Escrudiñando los balances contables ella no aparecería, ni sus hermanos, primos o tíos. El centro clínico J.M. Peterson tenía un buen departamento contable, laboral y administrativo, para que los médicos y otros tantos sanitarios hicieran de eso, dirigiendo en parte los otros el deambular de la corporación empresarial.

La majestuosidad dentro de la sobriedad era la política de la casa, de puertas afuera. Hacia adentro, cuando la cólera salía de madre, tenía el amor su gloria a las puertas del infierno, escondiendo los regocijos más aventajados.

Con todo, se sentía incomprendida, a pesar de dedicar su vida a mejorar la vida de los demás, pero sin mucha fe en el ser humano, y eso que cambiaba estéticas y esencias, pudiendo respirar de mejor modo, ya fueran pacientes normales, bichos muy peligrosos o extravagantes. Uno la quiso comprar.

Un tío suyo la hubiera vendido por cien vacas, casi peor que el más malo de los accionistas. No se podía ser más idiota o llevarse peor. De los que la consideraban cálida, inteligente y maleable, beneplácitos aparte.

-Lo real es que todo tiene su precio, su esfuerzo- le replicó ese ejecutivo cuando ella protestó, con muchos gritos, eso sí, por la sensación de cansancio y hastío, en una de tantas jornadas maratónicas, capaces de todo.

Trabajar doce horas al día, seis días por semana y acabar en la Unidad de Cuidados Intensivos era lo normal. Ingenieros, programadores, vigilantes, sanitarios y demás. Un horario más propio de oriente que de occidente, alentado por el crecimiento de la economía y el no pretender hacer vagos. Además, se trataba de una práctica especialmente grave si se trataba de la calidad de los servicios, que no era buena sino excepcional. En ese Complejo tenían algunos hasta vivienda a modo de lugar de residencia. Había comercios y espacios de ocio, culto y recreo. Para los empleados en nómina, la hora de entrada y salida eran las nueve de la mañana y de la noche, dándose a todo tipo de experiencias a lo largo del día. Escándalos y draconianas condiciones que el departamento de comunicación sabía correlacionar públicamente, amén de las apropiadas terapias que impartían, muchas de ellas secretas o pioneras.

La pérdida de vitalidad e ímpetu, algunos trabajadores la gestionaban mascando hoja de coca; no solo se trataba de quemar calorías con el ejercicio. Desapariciones y estallidos o insultos, no eran lo más recomendable. El santo calvario de los genios y atrevidos que contenían el dolor de los demás, también se escenificaba en el sexo, otra verdad absoluta. Una mujer llegó a acosar y tener sexo con los novios adolescentes de sus hijas.

Por más que fueran un excepcional centro sanitario, todos esos fenómenos se rompían cuando la tensión acuciaba. Sobre todo, los de la bata, que se lastimaban y hacían daño repetidamente, siendo un problema para sí y para los otros. Como solía ser habitual en esos procesos, a puerta cerrada. Algunos se dejaban barba sin ni percatarse, otras se cortaban el pelo a ras. Retratos que engrandecían aún más la dignidad de los clientes, como esos fantasmas que operaba Naomi, tapándoles los ojos en primera medida,

desestabilizándolos. No quería engendrar más desaires. En su río de conciencias ya llevaba varias pedidas de matrimonio y ningún viaje al destino, que sí pánicos. Se lo recomendó una bruja de estúpida sonrisa a la que visitó, un día lluvioso, sin espías, por si su miedo podía más que las doctrinas médicas o los dictados del corazón y la empresa a la que pertenecía.

La última encuesta la situaba como la futura presidenta. Una recompensa, y un escarnio. Perdón, pecado, orgullo, y secretos de Estado.

-No puede ni reír- llegaron a decir de la misma los periodistas.

Como en las catedrales, la empresa tenía su particular liturgia.

Vericuetos e infinitos rumores que solventaba, a veces, no siempre, con los cuadros de la Sala de Juntas y los otros tantos repartidos por las estancias de la clínica, inventariados y conservados por expertos. Acostumbrada a pensar observándolos, casi más que con las radiografías o los escáneres.

Se crió en una familia católica sin serlo, y de misas sabía. De esas de las ruinas vivas, y pervivía en una vida que no era suya, bajo la simplicidad de una imagen y la falsa cultura colaborativa, atendiendo a miles de personas, que, resumirían todos sus deseos en una botella de whisky, democracias de acomodo bajo el consejo del “vete hoy mismo, rapidito” como si nada sirviera.

Había que tener valor para perturbarla en ese silencio sepulcral, de excepcional magnitud y belleza artística.

En Chicago no había cigüeñas en las torres o campanarios haciendo sus ruedas de reconocimientos, pero en las casas que había perro olía a perro, como en tantos sitios. Nadie era mejor que nadie, aunque creyeran vencer. Puestos a correr, eso sufría cada noche, las prisas de ir sumando, aduciendo a los diplomáticos, espías, luchadores de ligas profesionales y amateur,

deportistas, exiliados y contrabandistas, así como a estúpidos enamorados que corregía con el mejor de los oficios médicos.

Porque la Peterson era la mejor en su trabajo. Tenía un don para operar, y un lustre inigualable enfundada de cirujana. Se atrevía.

Su factura médica era manifiestamente barroca y exquisita, no permitía fotos en sus consultas, sí la delicadeza formal. Hacia una pequeña asamblea, que suponía una reflexión sobre la complejidad de esa dependencia tan emocional de tocarle la nariz y las facciones a alguien. Un apéndice identitario, a fin de poder sobrevivir, y detalles que en conjunto miraban de más o menos. Muchos le plantearon:

-Necesito respirar, no descanso.

Otros iban por lo chato, arreciando. -Tiene que ser atractiva, fuerte, sugerente. Una cara nueva siendo yo.

De educación victoriana, la soledad y ese oficio le había trastocado, aun así, ella protegía al consumidor y a la empresa. No solo haciéndoles firmar el consentimiento informado tras habérselo explicado con todos los puntos, sino conciliando otros muchos caracteres, que no ese mal gesto de la insatisfacción, la inflamación o la deformación del vivir. Era una médica que se comprometía en el proceso. Y por ello reducía de forma considerable no solo el uso de medicamentos sino también las intervenciones.

-Operar es algo definitivo, primero mírese de otro modo. Quiérase usted-le repitió a más de uno. -Júrese cuántas vidas quiere tener, y luego hablamos. Las promesas ligeras son muy pesadas de cumplir. Una retirada no es una derrota, confíe en el tiempo, que suele dar dulces salidas a las amarguras.

Ciertamente mentía, si alguien podía arreglar los desperfectos de otros médicos o matasanos era ella. Los seguros médicos la buscaban, fuese cual fuese, toda vez que había recursos por negligencias médicas de otros médicos. Su proceder, no siendo del habitual era resolutivo, artífice de su ventura.

Jamás empezaba a operar antes de las diez de la mañana. Ni los viernes, que los intentaba dedicar a formarse e investigar. Por suerte, ella misma comprobaba la agenda. Ocasionalmente mientras le arreglaban el pelo. Los quería dedicar a finalizar trabajos y saber más.

Fuera de la clínica siempre vestía de negro; dentro, solo el blanco le aparecía. Ni una vez que se quemó. En ello era desigual, e imponía. Su equipo directo y ella eran una piña, de lo mejor.

Por lo demás, la ciudad donde residía también tenía los operarios del camión de la limpieza, a quienes se cruzaba en esas horas tan intempestivas, madrugando más que la mañana, o trasnuchando, y el resto de colectivos. Algunos más enfurruñados que otros. Compartía, con muchos, una larga lista de cosas que no le importaban ni lo más mínimo.

Con el deporte mostraba madurez y fortaleza. No le era fácil ir de los típicos caprichitos de las quejicas a un cliente repleto de estrés postraumático que decía tener como nariz el pico de un pelícano, o a los que no podían toser, así como a los culpables necesitados. Colaborar con los servicios sociales les ampliaba los márgenes de lo posible y lo necesario. Maniobrar con gente esposada, algunos seres sumamente severos y celosos, le obligaba a tener una mirada amplia. Y cintura. Eso fue idea de uno de los asesores fiscales de la empresa. Uno calvo, de pocas palabras. Naomi comenzó diciendo que toda persona podría ser un buen candidato. De aquello habían pasado cuatro años.

Ya solo sabía decir que como le tocasen les cortaba las orejas. Pruebas hubo, de uno, por travieso.

Sustos llevaba los suyos, y el margen de discrecionalidad, ante tan atractiva mujer y notable poderío era pírrico.

-¿Cuánto amor querrás preciosa mía?- le pidió un paciente, declarándose; el de la oreja. Dispuesto a comprarla.

Ella no quería merecer la atención de nadie relacionado con el negocio: ni empleados ni clientes. De hecho, ya sugirió su traslado a Londres para poner tierra de por medio, al menos con la empresa matriz.

-Dejaría a todas mis mujeres por usted- deseó ese monarca saudita.

Su hermano arregló el desaguisado. La enfermera jefe hubo de sacarla. Ya se dio cuenta en la sala de espera. Otra que consumía tanta cocaína como las anguilas del Támesis, una popular ayudanta hiperactiva que ponía del revés a todos menos a Naomi. Otra que intentaba ir de negro, pero fallaba. Sus palabras no se correspondían con los hechos, fuera de lo estrictamente sanitario, por infatigable que fuera.

-No hay derecho. Me equivoco muchas veces, pero nunca cuando importa; aún entre los demonios hay unos peores que otros- se decía sola, defendiéndose y acusándose, la que normalmente era brillante pero que nunca estaba bien del todo para su jefa y amiga Naomi.

En esa clínica el poder adquisitivo era alto, y los acuerdos de separación casi que se podía decir que los pagaba la empresa. Ya fuera una ordenanza o el director general, todos los acuerdos y desacuerdos de pareja los cifraba el mismo. Naomi incluida. La felicidad, el bienestar, les era importante; y el dinero o las custodias de los hijos. Por supuesto la seguridad y confidencialidad.

Céntricos, sus instalaciones estaban a buen recaudo de los trapicheos de las calles. Era corporativismo sin vacilaciones, así como en Nueva York o Berlín, sus otras sedes.

En todas ella había esencia de gardenias al pasar el *hall*.

La doctora, en su última publicación médica rubricó con datos, tan verídicos, como que, en tres de cada cuatro operaciones, se certificaba que la cocaína se había dejado de consumir de forma mayoritaria los fines de semana y que ya era una constante en los días de diario. Antaño era consumida a modo de uso social y entretenimiento, no así en los días azules y teóricamente limpios. Obviando, siempre, el uso propio o las ayudas médicas que se daban.

Margaret Atwood, su jefa de enfermería, que era coja como muchos perros, no era la única que tenía acceso a tal distribución. Menos el coro de jóvenes y el organista mayor, todos, en algún momento de su vida laboral en ese Centro habían probado alguno de los condimentos preparados a tal efecto, casi siempre en forma de grageas masticables.

El último al que operó, un joven e idealista psiquiatra, hijo de un potentado padre venido de la Irlanda natal, también calló con una dosis. A dos voces lo operó hasta tomar la decisión, manteniendo el autocontrol, la frialdad y la deliberada omisión a las cuestiones que el otro, religiosamente le fue preguntando. De fondo, siempre el canal de meteorología. Tónica habitual en los quirófanos donde ella ejercía. Algo más resolutivo que las anestесias médicas, y mucho menos obsesivo. El tiempo, con la esperanza de ser bueno, muchas veces lo deseaban malo, por si la sentían demasiado en ese sueño inducido, alivio de las miserias para cuantos sufrían despiertos, envilecidos. La pantalla de televisión solo la veía ella y el paciente, en los prolegómenos otros.

Más que meteorología, ella se fijaba en las geografías al margen de los climas venideros. Viajar le encantaba, y no podía hacerlo tanto como quisiera, pero se daba sus lujos, a pesar de las urgencias y cuadrantes. Podía saber el tiempo de Kabul o de la Patagonia para el siguiente fin de semana como si nada. Disfrutaba. Saber del tiempo nunca era tiempo malgastado.

Un coronel, de los de seguridad, compartía esos gustos. Lento con la lengua y rápido con el ojo, por aquello de un buen arrepentimiento. Gatuno.

Un día calculó que operaría a ese ritmo a ochenta millones de personas, si los demás le aguantasen el ritmo. Eran muchas las horas invertidas. Tender a la jornada de cuatro días era teorizar. Ese momento efímero, ese instante fugaz, esa escena invisible de mostrarle al paciente su nueva imagen la dejaba ojiplática; compensándola. Cosas que la inteligencia artificial jamás podría imitar. Y Naomi necesitaba a los clientes tanto como los mismos su destreza.

El caso es que, esa mujer irremediablemente guapa, elegante y refinada, además de cautivadora y poderosa, era capaz de conjugar día y noche con tantos contrapuntos que exasperaba a cualquiera. El pedigrí de la clínica ayudaba. Un dos por ciento de los beneficios los dedicaban a la alfabetización de niñas y mujeres en Tanzania (África). El tres por ciento para otras fundaciones. El cinco para mediaciones laborales. Uno para servicios municipales directos. Diez para imprevistos. Etc. Ideas de un judío marroquí, banquero y consejero de la familia real magrebí. Estaba claro que esos temas no eran algo banal. Lejos de los machismos acerados de las contabilidades se podían sujetar muchos más silencios y estadísticas con buenos propósitos y gestiones varias que con bravuconadas.

Fred y otros, como única regla acometían esas: buenas ideas y buenos proyectos. Él era el CEO en funciones. Creía en la acción y no en el simbolismo, como todos los empleados. Ese era su combate de todos los días. Se trataba de llevarlos hacia algo, hacia una agenda común, hacia intereses generales. Y eso les era beneficioso a todos: trabajadores, clientes, accionistas.

La salida de los Estados Unidos no la aceptaron. Por ella se hubieran ido todos a Camboya. Le costaba aguantar ciertas pretensiones; en su país, quién más quién menos pretendía llegar algún día a doblegar a la Casablanca.

-¡Qué yo tenga que hacer lo menos posible!; como me entere os cuelgo- se le escuchó en el Comité de Dirección, la última vez.

Fue a tenor de un planteamiento impropio de un asesor externo.

Bodas infantiles, embarazos, problemas económicos, locuras. Veía de todo, y lo único que se prometía era no tener hijos cuando se ponía inaguantable, ya fuera por estar harta de operar o por firmar imposibles, dado que, aunque su cuota de participación era escasa en las ganancias (por ser adoptada, la menoscababan), sí que sufragaba en buena medida la responsabilidad de toda esa Corporación.

-No se puede perder tiempo en eso cariño, yo te conseguiré un bebé; son hombres los que nos mandan. Unos capullos, malos borrachos; ¡niñatos!- le sonreía su amiga Margaret, capital en esos asuntos de la incontinencia verbal tras las Juntas o Comités, siempre inspirada.

Naomi era una mujer del siglo veintiuno, con prejuicios renacentistas. Prefería a los promotores de boxeo, que hablaban de joyas de verdad tanto como de la otra dignidad humana, subrayando la necesidad de ganar para vivir,

no solo dispuestos a darse golpes, sino dándoselos. Era ruda, visceral, opuesta, bronca, áspera. Y atenta. También tolerante, abierta e impertinente.

De Francia tenía muchos clientes, como de tantos otros sitios. Su reivindicación era lógica. Les encantaba enjugar las tragedias griegas, y flipaban con la comida. Muchos ingresaban solamente por la cocina, habían de controlarles el tamaño de las porciones. La verdadera fuerza era delicada.

-¡Que baje Dios y lo vea! Fabuloso. Gloria bendita- expresaban.

Los miércoles, sobre todo, y eso que usaban platos grandes haciendo que los alimentos se vieran más pequeños. Verduras, proteínas, carbohidratos, y tantos otros alimentos hacían de todos el mejor cine mudo en la soflama del comedor. Salían con el corazón encogido de ese clímax. De manera similar en las fastuosas habitaciones, inimitables, ayudando también a la recuperación, ganándole tiempo al tiempo.

Entre sus firmas había embajadores ingleses, monarcas que parecían fantasmas y los que se movían como estrellas apagadas sin los focos públicos. Se sabía de algún que otro bullicio pero no se hablaba de ello. Una medida que pretendía romper con la consideración de oficios viles. Monjas, curas y fanáticos podían convivir nada más cruzar el marco de la puerta y darse a ese circuito médico, así como quererse sin miedos algunos. Rabinos, también.

De Nápoles, Sicilia y Milán, así como de los Países Bajos también les visitaban mucho. La gente tenía planes muy ambiciosos. La superintendencia de Hacienda tenía la mira puesta en ese Centro. Proporciones que Fred, por referencias, apaciguaba. Todo tenía sus segundas partes.

Había química entre los ejecutivos y la Administración, eso sí que era público, así debía ser o las capitalizaciones darían que hablar. Todos pagaban,

no había privilegios, queriéndose. Estando en San Francisco o Los Ángeles hubiera sido imposible darse a esa épica. El abuelo que ideó esa concepción de empresa supo ubicarse. En su día analizó Ámsterdam y Madrid, así como Europa del Este, de hecho, Budapest fue su meca; y Beirut.

Entender no era lo mismo que justificar.

Naomi no conocía esa parte de su historia. Debieron decidirse por lo más seguro. La niña se crió en una habitación cerrada y decorada de acuerdo con los distintos temas en los que se inspiraban. A sus cuarenta y tres años, la deportista no tenía aún construida su puerta trasera. Se sentía una oveja entre pastores. Y se iba percatando de la necesidad de mirar por sí misma.

No dejaría que un robot la gestionase, ni que alimentase a los enfermos. Nunca consideró que se debieran delegar en máquinas situaciones tan íntimas. Nathalie, su hermana la nutricionista, no era de esa calidez personal. Con algún que otro anciano quizás. El aumento de los suicidios de enfermeras y médicos llegó a acaparar tantos titulares que una vez publicaron su escena, compartiendo mesa y mantel con un descreído en plena fase de recuperación; el reto residía en no perder impulso. Aquella vez estuvieron ella y su hermana, reflujo la llamaba, otras que no podían ni verse.

-Trae un poco de alegría a nuestras vidas aquí; seremos más y mejor. Te queremos- observó su mismísimo padre en alto al darle la bienvenida, algunos años antes, con su austera naturalidad. Quince.

Llegó a sentir que se moría Naomi por aceptar y declinar la oferta, por cuán le pesaba la soledad infinita de un mundo desquiciado y sin propósito; alucinaciones y hechos absolutamente ciertos con cátedras. Su mundo muerto, pleno de tolerancia e instinto. Su mundo, sus días, sus cadenas. Nadie mejor.

Como las campanas de ese Complejo, su padre hablaba de todo y para todos, siendo una voz de Dios para los creyentes. Tocaba, o sea, hablaba, únicamente cuando era necesario, dominando los paisajes sonoros, ayudado. Los había que hacían oro de la sangre, él no era menos.

-La peor perversión sexual es la castidad, niñita- dijo una vez. Según él, como Dios lo hizo y aún peor muchas veces.

Mundos sutiles en los que no desistían, como la gasolina y el fuego:

-Las montañas no se mueven, siempre hay tiempo de volver. Piensa, una mujer se hace. Piensa en toda la belleza que hay alrededor, y sé feliz.

Parte de ese poder e imaginación era eso, la paz evitando la vida, antídoto para el miedo de la vejez. Un arcoíris de caos, y con lucha. Las jóvenes enfermeras, bonitas, no solo administraban fármacos. Con anteojos de muchas dioptrías había quien las espiaba recitar. Un Ford Falcon Deluxe de los setenta llegó a regalarle a una de tantas el padre, reconstruido a conciencia. No en su casa, sí en el Centro de trabajo. Su casa, hacía mucho que dejó de ser la casa de alguien con familia. Él y su esposa eran ondas de agua yendo y viniendo. Una victoria con muy mal resultado, unidos por la tecnología alemana de la silla de ruedas. Otro acicate de su submundo, y el ruido de fondo menos exuberante. Cuando la impaciencia le podía la catalogaba de ataúd destapado, viviendo a muerte lenta. Benjamin, un hombre con mucha paciencia, intentaba no desviarlos de la norma: del progreso conjunto. Ciertamente es, que a veces miraba el reloj.

Cuando nada era seguro, todo era posible con él. Al igual que el padre, caminaba por todas partes con facilidad. A decir verdad, el padre, como que

enamorado de su existencia, y el otro como si nunca hiciera nada nuevo. Posiblemente llevaría silenciador en la pistola. Quiso una vez acordarse.

Rondaban perros perdidos en las inmediaciones del Centro J.M. Peterson, sin collar. Sucios, tuertos. Sin dueño. De los que no molestaban a nadie y nadie los molestaba a ellos, formando parte de un redil en los exteriores. Nunca antes un entramado de tanto lujo tuvo ese extrarradio así. En días hacían batidas y todo el universo cobraba ritmo, solo que la verdad nunca fue pura y raramente simple. Para los escoltas, quitarle el polvo a la vida diaria, era rutina. No los hacía más poderosos. Había una especie de belleza en lo imperfecto. En uno de los sótanos, donde no se podía pasar ni pintar nada, pasase lo que pasase, a veces usaban la espada y los sables con los cánidos, policías y algunos viejos medianamente curtidos.

Alguien que por su naturaleza y maldad había tenido que mentir mucho, Benjamin, daba el visto bueno. El lugar tenía mucho de la otra Norteamérica, la fantasmagórica. En Chicago no existían todos los caminos que los mapas decían. Desdichas y penas imaginadas se juntaban en los desiguales extremos. Camino de un antiguo balneario, anegado por una laguna inmensa, que nadie sabía de dónde salió, estaba La Finca. Una extraña mezcla de carreteras estrechas y sinuosas, dejando atrás un hotel para ancianos, de esos que desayunaban todo el día, y varios con andares de nazis. Esa instalación a las afueras de Complejo sociosanitario pudiera parecer que estaba fuera del Estado, y no, algunas ambulancias también llegaban a la misma, derivadas.

Como en una noche de bodas, había secretos. Los empleados parecían estar concentrados y despistados, al tiempo. En La Finca, el cuarto más fresco era de adobe, atestado de una infinitud de hormigas en las inmediaciones. Muy

de madrugada, una oficiosa mujer, que antes fue rubia, después de limpiarse los pies y las axilas en una palangana les echaba algo para que se fueran. Así, la trabajosa calma de las mismas no les pesaba tanto tiñendo pensamientos; y lo que quedaba de noche lo pasaba en silencio, vigilante.

Cerca, había una pileta que les encantaba a los niños, solo que eran muy selectivos los mayores. Cuando se andaba tras una raza debían sacrificar a los animales que no se pretendían. Naomi, a punto estuvo tempranamente. Era de las que se enojaba fácil, y fumaba en pipa algunos días, sobre todo residuos de la pasta base de la cocaína, un subproducto de mucha intensidad y poca duración, que primero dormía y luego hacía delirar.

Tenía su frase típica en los éxtasis:

-Nunca he matado viejos porque sí y no voy a empezar ahora.

Por negra que era, tenía los pechos grandes, blancos y bellos. En el último piso del hospital, donde la gran *suite*, se masturbaban y compartían cocaína y otras drogas los aventajados, soñando con caballos, golf, Persia, etc., tras algunas siestas. Siempre con el cuerpo de Cristo haciéndoles de cruz. Tanto en La Finca como en ese complejo, los Peterson dotaban de estancias coloniales ciertas partes, mostrando un lujo cansado, gastado e indecente; en otros, arte. Sí, la intención hacía el agravio ¡ni perros vagabundos crecidos!

No obstante, en ese campito, por donde el huerto en barbecho, enroscaban cachorros, estando algunos caballos pastando cerca. Selva, como tal no había. Ni cordilleras al uso. Solo que por la noche se hablaba de otra manera; quien allí dormía encogía su cuerpo como criminal herido. Por haber, había hasta un antiguo granero reconvertido a almacén de coches clásicos,

que apenas hacían kilómetros, sufriendo la soledad del país vulnerable: estando sin estar.

En tal reino de vastas oportunidades económicas, con los coches no pervertían sus principios morales. Los unos eran responsables de las deudas de los otros, por si los averiaban. Un abnegado japonés bien que los conservaba. Era ceremonioso y ultramoderno. Orden, limpieza, disciplina. Tenía orgullo, y honor. Dormía y residía en ese mismo espacio. Que recogía él. Era todo tradición, espiritualidad.

Una vez Naomi le preguntó ¿por qué no se largaba? Y la respuesta, fue puntual:

-Cuando se hace un trato con tu padre es para siempre.

Ese nipón veló el cadáver de su mujer durante diez días, por si resucitaba. En el undécimo, los problemas de insalubridad obligaron a actuar.

Aunque suele la memoria morir a manos del tiempo, le rezaba a diario:

-Venciste, mujer, venciste con no dejarte vencer.

De eso hacía ya un tiempo. La pena imaginada era más que acontecida. Naomi no acudía allí desde hacía años. Ni para disparar, sus muchos fusiles. Fue ella quien le salvó de la vida a esa del sol naciente.

El picaporte

Como el hielo sólido, a un día del cumpleaños de su madre, salió a comprar un detalle para la misma. Fue donde solía serle habitual. La reconocieron las dependientas. Empatizó poco. Un pañuelo y un collar, como de costumbre. Para ella nada. Recogió las cartas en el apartado de correos e hizo la compra semanal. Por doctora que fuera, no mezclaba ni se dejaba.

Esa mañana no había leído nada. Solía tener un pequeño libro en el baño. El último trataba de la Guayana Francesa. Le gustaba documentarse sobre geografía, historia y arte, todas esas métricas que le hacían darse cuenta de las otras civilizaciones. Incluso a pesar de estar sufriendo su ciudad los avatares del vórtice polar, con sensaciones térmicas de menos treinta y cinco grados bajo cero, los clientes llegaban de todas las partes del mundo, limitándola y engrandeciéndola.

Uno, de facciones toscas y opuestas, llegado de Venezuela, huyendo de uno de tantos regímenes le informó de lo que sentía como expatriado:

-Te vuelves adicto a lo que te hace sonreír- resumió ese militar retirado.

Naomi le dio otra forma a su imagen marcial. Una nariz retocada, conjugando con la amistad de las cosas, y ojos peregrinos, sin que el sol le lastimase. Particularmente, ese iba camino del filo de los adioses, huyendo hacia otra identidad, habiendo pasado por otros consultorios del centro J.M. Peterson. Una clínica en la que todo parecía irreal, y donde todo funcionaba bajo una misma marca. Con la que los facultativos podían dar vida hasta a muñecas de trapo y otros seres, con cabeza y corazón si se lo proponían.

De la vieja Habana también les llegaban, cómo no. Semblantes no faltaban. El libro de firmas siempre lo escribía el mismo, un experto calígrafo que en sus medias horas se ganaba un buen sueldo; traductor de lenguas también. Y es que los detalles se debían cuidar. Siempre habría alguien quisquilloso a quien pedir perdón empresarialmente de no estar ávido, o de quien poder presumir.

Con sencillez y sacrificio como valores, ella no entraba a esos temas. Otros, hasta que el infierno se congelase, o como si les tuvieran que meter una almohada en los oídos. ¿Frío o calor?, algunos ni sentían, obedecían. Entre fármacos y directrices, lo que prometía era el centro de negocios, porque eran eso: *vendettas* y ciencias varias.

Había clientes que llegaban preguntando ¿qué era mejor para tratar las lesiones deportivas? y que se iban operados hasta de las cejas, pues había empleados y socios que sabían transmitir como pocos la belleza existente que se ocultaba tras la crueldad y maldad de las muchas otras acciones humanas. El convencimiento y la sangre de las promesas estaba por doquier. Y de generación en generación, todo tenía su precio.

En la moderna sociedad occidental imperaba más que el genoma de las células la importancia de los cambios de aspecto, empujados para adaptarse a nuevas situaciones. Y apremiaban, pues la lista de espera era espectacular. Pretendían sentirse en paz con el mundo y también con ellos mismos, lo que hacía farfullar a Naomi: horas extras le pedían.

La potencia de las palabras de algunos asustaba, más que el tañido de la campana mayor.

-Me van a matar si no me ayuda. Quíteme del presente.

El secreto profesional era duro de sobrellevar. Bajo la cirugía de tabique y cornetes nasales existían otras muchas correcciones funcionales que devolvían no solo la capacidad de respirar bien. Camuflar bajo los ronquidos el cansancio, la tos seca o las muchas gargantas irritadas y otros tantos diagnósticos y acciones empresariales les invitaba a reservar su hora y a ponerse en manos de Naomi y algunos de sus allegados; la Corporación en sí. Hasta catorce expertos podrían llegar a intervenir sobre el mismo paciente en horas. Y media docena de asesores, fiscalistas y gestores privados de patrimonio. Por misteriosos males cerebrales como mareos, dolores de cabeza y náuseas podía empezar un periplo que a veces terminaba en un rinconcito, La Finca, a unos kilómetros de la metrópolis. Esa era otra opción, menos concurrida pero muy bien trabajada. No solo cuidaban a otros, sino que se debían cuidar muy bien los Peterson y asociados.

Tenían personal que hacían de diplomáticos, al margen de los economistas que sabían a ciencia cierta el porqué de la importancia del inventario de petróleo y otras materias primas. En definitiva, su medicina era la dinámica de todos los progresos conocidos. Incluso las aspirinas o las sacarinas procedían de algún modo de esas tretas, como los besos de Judas, que se los daban disimulando hasta el infinito al despedir a los clientes, y entre sí, constituyendo un ejercicio ejemplar en un intento por mirar más allá de lo inmediato reportándose ganancias, que no yendo a contracorriente.

Para entender un poco ese mundo tan próximo y desconocido, estaban los informes semanales. Nunca se terminaban, salvo oponiéndoles pereza y ociosidad. Naomi no acostumbraba a leerlos salvo los lunes, a semana vista. Siempre con el perfil de madrugadora, que la protegía de la depresión. Era una

alondra por su patrón de sueño y esa actividad tan opuesta a la de los búhos, genéticamente programada para rendir de buena mañana, además de adoctrinada. En la escuela, desde bien pequeña internada, le aleccionaron con lo del “hay que sentirse mejor que los demás, y saberlo todo”. Una relación causa-efecto, que unida a su reloj biológico albergaba otras consecuencias. Se reconocía sola. Y la incidencia de la luz le era vital.

Soñaba con adquirir una casita en el campo y disfrutar de la candela de un buen fuego, así como andar y ejercitarse al aire libre. Tenía un amigo escocés que sabía de ello. Una amistad que se forjó en un momento delicado, cuando casi la inhabilitan por esquizofrenia, tras una convulsa y difícil disputa legal, de la que salió más fortalecida. Y, paralelamente, con una placa en uno de tantos jardines de ese hospital, porque muy a su pesar, la tiranía de su padre no pudo consigo. Irónico, tierno y admirador, supo adularla tras argumentar a su favor cuando surgieron las envidias e inquietudes propias de su profesión, con rechazos y aspiraciones.

En los informes, sometían a estereotipos y simplicidades todo lo acontecido. Hasta de la eclosión del terrorismo islámico los informaban. No por inquina y horror, sino para minimizar los rechazos irracionales y llegar a entenderlo todo. En ese contexto, comenzaban a recibir sucesivas revelaciones que los iban integrando. Como en todo, había grupos enfrentados. Era negocio. Los sedentarios y los nómadas destacaban. Otros eran gentes de libro, judíos, cristianos, y hasta los depositarios directos de la divinidad: las acciones. Pero, al margen de las diferencias, eran notorias las convicciones y las alianzas familiares, las dotes políticas y la lucha frente a sus adversarios.

No esperaban ser héroes espirituales en la vida cotidiana.

Gibson, su amigo, no cesaba de invitarla, sacándola de esos acervos. A ella se le ponían los ojos de agua. En su teléfono, hubo un tiempo en el que llevó unas veintiséis fotos del antes y el después, y al que casi le opera el trasero de tanto tocárselo o espantarlo. No obstante, insistía:

-He mandado copiar varios cuadros de Tintoretto y esos otros artistas que tanto nos gustan, seré envenenado por tanto arte y nuestra chimenea. Te espero para que inauguremos la colección, donde siempre mi vida.

Ella, que no era tonta, sabía que las cosas podían no irle bien por dos motivos: porque no hacía sus deberes o porque algo no dependiera de sí. La vida le era eso, una rifa aleatoria de oportunidades y necesidades. Y ese Gibson sabía mejor que nadie utilizar desvergonzadamente todos sus hilos, feliz de enfrentarla y darse gusto.

-En Chicago os congeláis y en Australia se queman. ¿Por qué esperar?- la indujo, o pretendió, sabedor que tardaron en su día menos de veinte segundos en fijarse el uno al otro.

El olfato fue lo primero que los encauzó. Luego vino el comportamiento y la apariencia, y eso que se conocían de la profesión. Más el aroma embriagador, lo cual tampoco les fue muy raro pues ambos reconstruían narices y toda clase de errores cuando menos; fue parte de la química que les indujo a la atracción sexual y de otros fines. A los pocos minutos, muchos menos de quince, ya supieron que ansiaban verse de nuevo en una segunda cita, pero además de eso, por educados, fueron buenos oyentes y dentro de la arrogancia de su profesión se fueron medio sincerando sin malas impresiones, funambulistas de bien, juntando esos cetros de los cayados.

De eso ya hacía tiempo. Se identificaban en ciertas formas extremas de odio y rechazo los amigos. Pero aun con esas no se daban a la función de un bien superior, queriéndose de más. Los castigos corporales, como parte de hacer el amor, jamás los practicaron. O contemporizaban o les chirriaban las inclinaciones a los médicos de irreductible vocación.

El hombre que lo había visto todo en el amor se prendó de ella, y hasta le contó alguno de sus casos más extraños, desafiándola. Aquello no sucedió por el lago Michigan, sino en otra de las ciudades de fondo, donde él residía, lejos. El experto en el mundo persa y bizantino; la grandeza y la bajeza.

Chicago, haciendo casi más frío que en la Antártida, era la ciudad de los vientos, con calles y aulas vacías, vuelos cancelados y refugios para vagabundos sumamente abarrotados, con no menos de dieciséis mil por la ola de frío extremo que congelaba el Medio Oeste de su país de adopción. La doctora había nacido en Tanzania, por azares de la vida, para luego residir en el Estado de Illinois y aproximarse a ser uno de los símbolos de esa ciudad de dos con siete millones de habitantes. La tercera más poblada de su otra nacionalidad. Su mundo marrón y su alma en blanco y negro.

Con doscientos setenta refugios en edificios federales daba miedo la ciudad esos días. El cielo de la boca a muchos se les envenenaba, de abrirla. Centros sociales, bibliotecas y hasta comisarías de policía hacían de albergue improvisado. El aeropuerto internacional Chicago-O'Hare, uno de los más transitados, había cancelado más de tres mil vuelos en esa última semana. El manto de hielo craquelado sobre el lago Michigan le emanaba una neblina que la guardaba de todos los miedos, invitándola a soñar con ese, al que conoció en sus estudios de postgrado. "Nada se hace sin que antes se imagine",

conceptuaba ella. Tenía palabras claves, aunque no le gustaba dar consejos. Si bien, cada movimiento que hacía en su/s quirófano/s era perfecto.

Fuera del mismo, años atrás hizo un posado completamente desnuda, cómo no en una sesión en blanco y negro, apostando por ese proyecto que le propusieron los contables de su clínica. El desnudo en sí fue bellísimo, no la restó. Delante de una cámara, con o sin la bata de cirujana o el arreglo de calle, en sí misma era un hecho artístico muy superior a toda ficción imaginable. Y aquel día, por mucho que las fuerzas le escasearan lo dio todo. Recordándola, no se vio a una niña triste, gritando, sin dueña. Podía ser desbocada o la más tierna fiera. Un tronío.

La infidelidad seguía estando presente en muchas parejas. Algunos tabloides fueron por ahí, con su posado. Era la contraportada de los fotogramas. El setenta y cinco por ciento de las mujeres que encuestaron a la poste, afirmaron que tendrían una cita con ella, e incluso sexo en la primera cita.

A Naomi no le quitó el oxígeno tal dato. Los titulares se los contaron, no leía esos magazines. Reconoció sus intenciones muy claras de antemano. Sin embargo, los hoteles eran la solución elegida por la mayor parte de las empleadas/os de esa clínica buscando un *affaire*. Incluso pedían favores a amigos cercanos para usar sus domicilios y no dejar rastro con las tarjetas de pago. Ella no participaba, tenía su Sindicato, fruto de un compañero de universidad, que le introdujo a esa *app* (aplicación informática). Alguien a quien llamó El Profeta y de quien nunca hablaría, criticado incluso en su propio tiempo, por surtir el harén lejos de coartar las libertades, junto a otros tantos. De traicionarlo la decapitarían. Pocas o ninguna vez se cumplió tal ambición.

La doctora, tan prevenida y predecible, con verdades inconscientes, aparentemente, antaño fue llevada por su padre al mejor psicólogo conocido, uno de esos exclusivos, de los de oportunas confianzas, no se sabe si por verla infeliz o por miedo a que le bajase el rendimiento académico. Menos por un detalle nada trascendió.

-Además de guapa es muy exigente, enhorabuena. Amigo.

Así resumió el loquero la interesante sesión, en nada preocupado. Después, sí mereció otras respuestas. Quedaron en una cafetería, en Italia, cuadrando agendas, y ella ya sí que se lo puso más difícil. Hizo lo mismo que con su ortodoncista y el oftalmólogo que le operó de miopía y astigmatismo. Los descontracturó, capaz. Ella correspondía como nadie.

Se habría acostado ya con unas tres mil personas, sin muchos esfuerzos, amparada en la normalidad, haciendo como las restantes, seduciendo y largándose para no volver. En su ático vivía otras historias de amor y deseo, sobre todo en libros. No por pavonearse, en absoluto. A poco que notaba un interés mayor en la otra persona daba pie a la versión más moderna de la confesión católica, largándolos, no necesitando ni hablar. Por lo general, a sus parejas les gustaba pensar que eran más sofisticados y profundos al haber sido elegidos por ella, quien no se afligía.

Había quienes defendían que estaba bien lo que hacía, otros que hacía daño, y también el por qué, pero nadie conocía la vida eterna con ella. Dormir, dormía sola; no juntaba los instintos con la razón. Podía hacer el amor desesperadamente, nunca ver dos cepillos de dientes juntos, las puertas de dos armarios abiertas al tuntún o más manos que las suyas haciéndole sombra. No se enamoraba, nunca. Ni veía a alguien del Sindicato más de una sola vez;

a diferencia de ellos. Gentes de distintas culturas ya la habían sufrido y disfrutado ese andar de tierras y comunicar con diversas gentes, discretos.

La ropa, los zapatos y los nudos marineros le ayudaban a enfrentarse correctamente a las consecuencias que sus pasiones le acarreaban. Alcohol tomaba: whisky escocés. No le daba vergüenza, ni de rasgar las sábanas. Salvo el interés sexual por los niños dominaba todo lo perverso que le hicieran. Nunca sintió tanto frío en su vida salvo aquella vez, que arrancó el picaporte. Margaret Atwood, como amiga, limpió todo, siéndole un icono de la resistencia a la uniformada y pragmática del suéter de cuello negro, y todas las muchas simbologías. Lo hizo con la extraña manía del no parpadear, su inquietante maquillaje y una melena electrizada, rubia (teñida).

La banda de las Tres Caídas tocó partituras durante más horas que nunca, en rara solidaridad. Margaret lo necesitó esos primeros días del volver a la normalidad. Solfeo y partituras al son de todo tipo de marchas, que a ella la protegieron; y al Centro. Un plan más allá de la auténtica vergüenza. Se quedó hasta la madrugada muchos días, uniformada también con blanco de gala, habiendo enjaulado a esos adeptos de los instrumentos, procesionando. Nadie osó a llevarle la contraria. Sonidos de flicornio, trompeta, trombón o tubas se mostraron mucho más cerca y lejos que el resto de la orquesta, y coro. Cornetas, tambores, que le fueron devoción, compromiso, compañerismo, disciplina y respeto. Dejó de comer esos días, trabajando y quedándose hasta muy tarde. Un cuarto de siglo hubiera seguido así de no ser por Naomi:

-Te aseguro que de esto solo no se vive- le intentó aliviar.

Veneno que no tuvo cura alguna, ni típica postal. Antiinflamatorios, lipotimias y bajadas de tensión. Del órgano mayor no quiso saber.

Lobos

En los alrededores de su céntrica vivienda los días gélidos se multiplicaban. Muchos, dándose a la mínima expresión de armar puzles, cocinar galletas o ver películas como si fueran series. Ella no. Naomi pisaba el acelerador si se importunaba.

Siempre tenía el depósito más bien lleno de combustible, por híbrido que le fuera ese coche. Era alguien de ideas fijas. La médico, al volver a su hogar, repostaba uno de los depósitos. Fuera cual fuera el desplazamiento. Y siempre pagaba con tarjeta. Dos dólares o lo que fuera. Era de las más seguidas en las grabaciones de seguridad de las estaciones de servicio. En Chicago había películas de todo. Mundos para todos los seres. Ella lo sabía. Se lo dijo un protésico dental con el que coincidió en una timba, que la reconoció y tuvo la deferencia de enseñarle una de sus idas y venidas a las tantas de la madrugada. Aquella vez conduciendo su moto: su única posesión. Incluso uno del servicio de correos la tenía como pantalla en su móvil, con mallas y camiseta bien ceñida. Por su distrito gustaba con todas las de la ley, a todos menos a los taxistas, que la veían pasar y si le tocaban el claxon les enseñaba su dedo índice. Para los camareros era de lo más estrepitoso. Los embriagaba, como a tantos otros, y no les permitía ni que le perjurasen amor:

-Soy mentira y soy verdad. A lo suyo, no me sea importante, sirva usted y tendrá cien dólares de propina si no me toca las narices.

Llegar a ser tan absolutamente libre, en un mundo sin libertad, propiciaba que su misma existencia fuera un acto de rebelión. En cada frase no paraba de crecer ni de quejarse de su mal morir.

-Si te aburres es porque no sabes lo que hablan de ti. Estás triste- castigó a una hermana suya, que iba de puritana.

-Eres carne de cañón con tus idas y venidas. Rompes el amor, y todo. Sí- le recriminó la otra.

-Igual que el resto hermana- se recuperó Naomi -como los demás, reina.

El protésico dental tuvo también su refriega:

-Me encanta tu mundo, tus ojos, tus manos, me encadenaría más y más, hazme sufrir más- le pidió a la doctora.

Dicho quedó. Ella lo zarandó, le hizo un pequeño amago, y lo despachó en el buen sentido. -Vete con tu mujer y tómate la pastilla. Date mantequilla tú. La negrita no te quiere.

Pero ni eso lo debilitó. Era de los que insistían, no se conformaba con aquellos veinticinco minutos de reloj. Tanto insistía que le fue impreciso:

-Quiero todo. Pruébame.

-Pasado, presente y futuro solo son ilusiones humanas- decía ella, siempre, en tales contras, llevando la iniciativa. -No. No soy de esas, guapito, se confunde.

Trabajo duro, persistencia, noches largas, disciplina, rechazo, coraje, cambio, críticas, riesgo. No había alguien como ella. Muchas veces no era ni la edad de sus emociones, sino la capacidad de liderazgo lo que le podía. Por buena, todo lo tenía que demostrar. Ni hablando sus allegados la aceptaban. Era la pequeña, la que no podía ser otra cosa salvo eso. Una extraña niña.

En murmullos hasta se apercibía de gestos y promesas. Se detestaba a sí misma. Adoptada, antes de ser la mejor de toda esa familia, como doctora, los acercamientos tenían su muro de contención.

El padre y la madre, sus tíos y tías, hasta el abuelo que le dio ventaja, le pusieron cuota, no la misma que a los otros respectivos. Términos y condiciones que estudiaron los jefazos médicos, técnicos en finanzas, notarios y juristas, no solo como compañeros. Pero a poquito que surgía algún tipo de preocupación o alarma, esas pequeñas molestias se le agrandaban a la africana.

-Es mucho mejor trabajar en lo que tú sabes, que meterte en lo que no sabes- era lo que le decían desde recursos humanos, tratándola como alguien irrelevante, en su propio hospital. Fred dio esa orden venida de arriba.

Insuflar es lo único que podía hacer Naomi, por la biografía y su cuerpo, lo mismo que en el día de su madre, donde nadie se podía oponer al signo de los tiempos. Por contrato debían fingir, como familia feliz, depresivos o no. Ni maldecir sus suertes en público podían.

Le tenía rabia al silencio. Hasta fue a cursillos de sensibilidad la perfecta. El pintalabios de bruma carmesí bien que lo sabía. Le parecía hormigón ese día, lo mismo que otras tantas veces obligada a la rendición incondicional. Presentarte, que te conocieran, y que nadie te esperase, dolía. Hasta sus hermanos negros, que eran los menos idiotas, a la mínima le tiraban una pullita. Hubo un tiempo en el que se llevaron bien, solo que las comparaciones de ingenio a ingenio, de valor a valor, y de hermosura a hermosura enfrentaba los linajes y eran mal recibidas. Sí, hubo un tiempo en el que disfrutaron juntos de la tarta de chocolate de brownie y malvavisco, un postre sublime que rebañaban ese día tan entrañable, cosa que ya les exasperaba, no así la consistencia y el sabor de ese postre realmente único. Las menos, le apartaban la crema del interior para hacerlo más llevadero: alabanza y odio. Ella no,

prefería comer a tratar sobre las cuotas de los societarios o los aumentos de las bases de cotización, vinculaciones que pactaban en esas comidas para luego materializarlas en las Juntas semanales, obligatorias. Donde, sí que salían las contingencias y los ceses de actividad. También flexibilizaba lo otro, sus grandes conquistas. Los suyos estaban en las nuevas formas, y algunos comprando el último modelo de los automóviles en los concesionarios o en las relaciones sociales profesionalizadas, buscando también experiencias y servicios sin obviar la conectividad. Empresarios y urbanitas, lo mismo veían problemas que no les cabían más gozos en la chequera proponiendo alternativas, solo que en esas miserias aliviaban las compañías.

-La verdad adelgaza, pero no quiebra- se jactaban muy bien nutridos, bajo el signo del 'más vale un toma que dos te daré'.

Ella, que una vez alquiló una caravana para irse unos días de viaje, también sabía disfrutar caminando. Para eso no necesitó untar al examinador, que por ocho veces la suspendió en la obtención del permiso de conducción.

Bueno o malo, había espacio para todos. Y para más medicina.

-Requiere cálculos reservados, no tiene en cuenta mis parámetros- defendía Naomi siempre -no se puede dar todo al usuario, hay riesgos- copiando lo que le dijo aquel profesor de autoescuela poniéndola entre la espada y la pared. Una de las muchas pruebas de su padre.

En todo caso, en un mundo donde crecía la demanda energética y la contaminación amenazaba la salud más y más, el papel de la fisonomía y los negocios debían contemplar todos los abanicos. La imaginación era la única frontera para esa cirujana, y mejoraba siempre al paciente, dentro de su cultura; no los mutaba, aunque le pidieran cambios irreversibles. No obstante,

como en la evolución de las especies, sus únicas opciones eran adaptarse o morir. Mucho había cambiado su vida desde entonces, ahora bien, seguía teniendo fama de conquistadora la incapaz de comprometerse. Hasta pasó una racha en la que se dejó el pelo que le crecía en las axilas. Luego se rasuró, y lo que perdió fue la motivación. Comprar, sí que compraba tabaco. Se lo daba a un mendigo, tres para él y uno para ella. La Cenicienta de los rizos (según días) tenía su psicología.

-Lo estás haciendo muy bien reina- se lo agradecía ese en su arrabal.

Siendo la única soltera, el amor romántico y el deseo de formar una familia lo había de tener en un segundo plano. Impulsada por el individualismo y la competitividad, su vivienda era unipersonal. Ni la imposición familiar podía. Y eso que disponía de buena renta, a pesar de los horarios inacabables.

No había una persona más celosa de su vida privada que Naomi, siempre en el ojo del huracán, ya fuera por los despachos legales con esa empresa de la que formaba parte o por sus intervenciones, sobre todo por el paraguas de los que iban a refugiarse en sus portentosas manos. Los fieles agradecidos pagaban bien: decenas de millones según la contabilidad oficiosa. Poca amiga de las confidencias, evitaba hablarles de más, incluso almorzando, en nada frugal. Daba crédito a las obras que no a las palabras, sin demérito.

La misma, en un santiamén operaba las bolsas de los ojos y le quitaba a la gente lo menos diez años. Intervenía sin amor, sin celos, no sin temores. Con ello ya tenía medio triunfo, en guardia. Y si pasaba algo, no se quejaba. Su virtud era muy estrecha, y los caminos del vicio requerían breves razonamientos. Tenía una habilidad innata para eso y para escuchar. Compartía la propiedad de varias sociedades instrumentales con su padre,

alguien de estatura media, ojos castaños y cabello. Discreto y elegante, en privado le respaldaba de forma incondicional, pareciera que le fuera a dar el turno, abdicando. Sus controvertidas discusiones en familia eran ya parte de la intrahistoria de ese Chicago al que muy pocos tenían acceso. Las paces, siempre en silencio, yéndose al cine, para no tener que hablar de más. Conocían treinta y ocho salas. Se trataba de ir y alejarse de la abuela que nunca daría la vuelta al mundo en bicicleta, y sus monotonías, enclavada.

Con el vendaval, difícil les resultaría al padre y la hija, quienes a veces se llevaban a alguno de los nietos, muy pocas. Los mismos que ya habían destrozado algunos verbos, y quienes la consideraban extraña:

-Hubo un tiempo en el que quería que fracasaras, pequeña morena mía. Y de buena gana te hubiera devuelto- soltó en una ocasión el padre, solos.

El dolor los mantenía despiertos y cabreados, porque películas como tal no veían, al menos esos dos adultos, padre e hija, que jamás las comentaban a su término. Ni los títulos de crédito al final o en los comienzos, con los *trailers*. Ella, medio repudiada, o casi, no quería perder el derecho a proporcionarse algo mejor. Buscaba el honor, el dinero y el respeto del clan, muy por encima de los estados de conciencia alterada y los profundos trances. Su codicia era su mejor aliada. Nadie hubiera aguantado tanto:

-Ni por accidente serás jefa de esta familia Naomi. Te compró mi padre, nos perteneces- esbozó un hermano suyo de piel clara.

El padre, apostó porque lo dejara todo y trabajase en una empresa donde las alocuciones no fueran tan sentidas. Le puso algunos millones a su disposición tras los primeros años y conatos varios, que luego corroboró. Y no aceptó. La ingrata y soberbia condición era salir de la profesión médica, a todos

los efectos, como doctora y como accionista, por supuesto, salvaguardando los secretos. La insaciabilidad se lo impedía. Acució el Sindicato ella. Le era mejor sentir que pensar a ratos. Gibson era el único que supo de la oferta, de los pocos que conocían parte de sus pensamientos. Su madre nunca la consideró como una hija. Piel de noche la llamó siempre, teniéndola apartada. De no ser por su padre, comería en una mesa aparte, ni la de los niños. Ella encantada, tratar con el servicio le gustaba. La adoraban.

Y esa casa era más que un hogar vacío: un meritorio museo. La mansión Peterson a cualquiera que tuviera un ápice de sensibilidad le cambiaba los esquemas. Esos médicos no se limitaban a lo largo de las generaciones a la sanidad, de la más costosa, sino que también pujaban en Sotheby's y otras galerías y casas de subastas trabajándose una de las más envidiadas colecciones privadas de arte. Empezó el abuelo con pequeños cuadros, y uno tras uno, no se limitaban a las matemáticas de las estructuras corporales y fiscalidades, también cuadraban las astronomías con sus adquisiciones. Eran de los pocos expertos en colores mayas. El azul maya se encontraba en múltiples murales y códices, así como en varias pinturas novohispánicas que aparentemente utilizaron como pigmento en lugar del azul ultramarino. Muchos de ellos obtenidos de sus contactos en Cuba, lugar de paso desde la Nueva España hacia la Europa en general y tantos Orientes Medios que centrar, reafirmando alianzas y liderazgos.

Ese azul era extremadamente estable, pudiendo resistir el ataque con ácido nítrico, álcali y disolventes orgánicos muy fuertes sin perder su color. En algún momento ya lo constataron. La mezcla de añil y arcilla superó hasta vómitos de alguna niña, y fortunas de mujeres borrachas, antojadizas, ciegas,

de los pocos días que vivió en su adolescencia en tal casa. Un cuadro llamado *La Magdalena penitente* obró el milagro. Obras de arte que tenían más versiones, ya fuera por encargo o simple obsesión. Cosa que le chirriaba a Naomi, que los acusaba de sufrir ceguera u otros problemas oculares. Sus familiares, o más bien los que llevaban las riendas de esa cuestión patrimonial, no le revelaban más luz que había que protegerse, y a que tuviera paciencia:

-La volatilidad anima a buscar inversiones defensivas como el oro o los dividendos, no a asumir riesgos innecesarios. Tú no sabes de esas estadísticas. Te sientes víctima y deberías estar dándonos las gracias. Te comerías los mocos desperdigada por ahí.

Alguna que otra vez, concertaban con museos varios y aseguradoras, exposiciones bajo seudónimo. Algo que era seña de identidad de esa casa, como la cabeza bien alta y el no improvisar gobernabilidades. De puertas adentro, no habiendo invitados, la indisimulada decepción se podía mascar. Todo, en un barrio inquietantemente pacífico. Donde el vecindario era enteramente residencial, y las propiedades impecables, con parques amplios y hermosos, juntas pero separadas, donde resbalar con las pendientes y estar al sol sin que nadie incordiasse.

El coche que tenía alquilado la hija adoptiva era también de los visionados por las cámaras de seguridad, aunque no al mismo nivel que el resto de sus hijos. Esos padres eran tremendos. A todos les gustaban los vehículos, había acciones en empresas muy vinculadas. Naomi, si bien, prefería cambiar cada año de modelo, y no ser una fan incondicional de marca alguna. De eso sí comentaba con algunos de los suyos, era un tema recurrente. En cada celebración alguien enseñaba una máquina nueva,

bendiciendo la mecánica o la tecnología y nuevas ergonomías. Mejor eso que lo más sagrado: el negocio por antonomasia.

Lo que sí ensayaba era la manera de entrar, con la radio bien alta y música disco. Le salía el tópico de que “el frío no siempre aleja a los idiotas”, pero su instinto se le juntaba con la razón: “Buenas tardes madre, felicidades”. Para acto seguido echarse a un lado y permitir que el personal de servicio empujase la silla de ruedas de la lisiada (Sadie, que siempre la consideró una de los suyos) guiñándole el ojo al ama de llaves, suntuosa, quien desde niña le supo apartar un buen trozo de los mejores dulces y lasañas, y decirle, secretamente:

-Tú no eres como esos lobos, bonita. Mi piel de día.

La del estilo monástico y juventud arrolladora declaró su culpabilidad.

-Sí, como siempre, el año sin verano- en plan Audrey Hepburn en *Una cara con ángel*, pantera negra.

En ese lugar, casa de los dueños, además de disciplina estaban igualmente los talentosos condecorados con la cruz al mérito militar con distintivo rojo por el valor y las dotes. Un mando contrastado que conocía a la familia en el sentido de apoyo y despliegue. Siempre hubo eternos aspirantes a escoltar a la cirujana, y ella jamás tuvo tales deferencias, dando una imagen mucho más pacifista. Un teniente general sabía hasta de sus constipados, cosa que le añadía nervios a la atleta, y raros pretextos. El caso es que jamás tuvo un empeño visceral de revancha para con ellos, ni en sus destierros.

El comportamiento ejemplar de los soldados, retirados o jubilados, era santo y seña. Las falsedades y desventuras comunes no tenían alas en ese Centro, en tales artes sabían más que los versados letrados.

-Las palabras son también acciones- saludaban y despedían caballerosos, no más. Reales, igual que las cajas negras de los aviones. Llegando más lejos con una sonrisa y la pistola, cuando menos. Hechos que suscribían la política e idiosincrasia de los Peterson y asociados, con sus actos benéficos y el ser intocables. Palm Beach, en Florida, también estaba tomado de murmullos ininteligibles y regustos amargos; verdades y retos. Creer en algo y no vivirlo les era profundamente deshonesto.